mático con la verdad metafísica, y para haber concebido la singular idea de levantar sobre las ruinas de lo absoluto y de la metafísica un sistema que de grado ó por fuerza descansa en la metafísica y en lo absoluto.

Y puesto que hemos pronunciado esta palabra, vamos á acabar de una vez con esa deplorable manía que el positivismo tiene con lo *absoluto:* vamos á hacer ver, áun á los que tengan menos claridad de vista, el círculo vicioso en que se encierra al negar en todas partes ese absoluto que en todas partes supone, y sin el cual la ciencia misma le desafía á que pueda asentar la base de alguna construcción científica. También en esta parte el positivismo descansa por completo en una enorme contradicción. No quiere admitir más que lo relativo. En todo y por todo niega lo absoluto, lo ataca de frente y se esfuerza en arrojar del espíritu humano y de la ciencia hasta la idéa de él. Y siendo así, señores, ¿concebís que sea éste el positivismo que aspira, no sólo á renovar y perfeccionar, sino también á organizar y formar la ciencia; la ciencia, que no vive más que de lo absoluto, que no se sostiene ni se mueve más que



por lo absoluto? ¡Cómo! ¿Os proclamais hombres de ciencia, y no admitís más que lo relativo, y no aceptais más que hechos, grupos ó séries de hechos esencialmente variables? ¿Y al tratar de constituir la ciencia, aspirais al honor de fundar lo inmutable? Porque al fin, ¿qué cosa más inmutable que una ciencia, cuya base son las relaciones necesarias que unen las conclusiones ciertas á los principios evidentes?

Negais lo absoluto, y sin embargo, raciocinais. ¿Pues por ventura el raciocinio no es en sí mismo una proclamación de lo absoluto? Decidme: ¿en qué están basados vuestros raciocinios? Sin duda alguna en los axiomas. ¿Y qué cosa hay más absoluta que los axiomas? El raciocinio implica dos cosas, más ó menos explícitamente formuladas: el principio y el silogismo: el principio que señala el punto de partida del pensamiento, y el silogismo, que indica su evolución. Por otra parte, ¿cómo es posible que una ciencia tuviese por base más que principios inmutables y absolutos? ¿Ni cómo podria verificarse su desenvolvimiento sino por medio de silogismos, ninguno de los cuales puede seguir

su curso ni llegar á su fin sino por la virtud y el poder de lo absoluto? ¿Puede un hecho deducirse por sí sólo de otro hecho, si no interviene lo absoluto como mediador? Y áun dentro de los dominios de la observación ¿puede nuestro espíritu sustraerse á las idéas de causa, de sustancia y de leyes? Y esas causas, y esas leyes una vez comprobadas, no sois vosotros los primeros que les dais un valor absoluto en vuestros cálculos y en vuestros raciocinios? ¿No veis, por último, que ese absoluto que pretendeis triturar arbitrariamente en la muela de vuestra despótica ciencia, de grado ó por fuerza se desborda por todas partes? ¿Y cómo se os puede ocultar que vuestra pretensa filosofía no causa al espíritu humano ni al genio científico un cuarto de hora de ilusion, sino gracias á lo absoluto que invoca y de que se sirve al mismo tiempo que lo repudia?

Vemos, en efecto, cómo habeis de hacer para prescindir de lo absoluto y construirlo todo sobre lo relativo. *Lo que es, es:* esta verdad ¿es absoluta, sí ó no? "*Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista* ¿es esta una verdad puramente relativa? *Nada existe sin razón suficiente:* ¿es esto también del dominio de lo relativo? Estos axiomas, que sostienen sobre sus inmutables verdades á todas las ciencias y á todos los raciocinios ¿os parecen extraños al imperio de lo absoluto? Pues hay que elegir forzosamente entre raciocinar, y entónces han de admitirse principios absolutamente ciertos; es decir, se ha de reconocer el reinado de lo absoluto; ó no raciocinar, y en tal caso no demostrar nada, es decir, abdicar la ciencia. Sí: esa es la inevitable alternativa en que os encontrais; aceptar lo absoluto ó apostatar de la ciencia. ¡Oh! por más que hagais, lo absoluto tiene sobre vosotros un imperio ineludible: os quereis sustraer á él por una parte, y él os conquista por otra: lo arrojais de la metafísica, ó por mejor decir, lo expulsais de la ciencia en unión de la metafísica, y vuelve á entrar por las matemáticas y con las matemáticas. Necesitais de lo absoluto, vosotros sobre todo los que construis de una sola pieza la geometría universal de las cosas; porque no hay álgebra ni geometría que no camine apoyándose por completo en el granito de lo absoluto. De manera que esa estátua de lo absolu-

to que echais por tierra con la mano izquierda, teneis que levantarla con la mano derecha, y adorarla como una faz de Dios al mismo tiempo que la maldecís como un espectro de la nada.

¿Podrá ir mas allá todavía la contradicción? En el órden teórico no lo creo; pero en la práctica positivista hay aun otra contradicción más palpable y que se reproduce en todos los puntos fundamentales donde asienta su planta el positivismo. El positivismo aparenta á cada paso no ocuparse en los grandes problemas; á saber, de Dios, del alma, de la causa primera, de las causas finales y de la inmortalidad de la vida. Si se le oye, el que creyese que formula sobre estas cuestiones alguna otra doctrina, estaria en un error. Su solución acerca de todos los problemas que de grado ó por fuerza se presentan ante la inteligencia, consiste en no tener ninguna. ¿Qué enseña el positivismo acerca de Dios? Nada. ¿Y acerca del alma? Lo mismo. ¿Y acerca de las causas finales? Tampoco. Sobre todos estos puntos no dice sí ni no: todo lo deja en libertad absoluta. Estas cuestiones no las trata, sino que las borra como



supérfluas del programa de la ciencia. Y sin embargo, cuando se viene á la aplicación, en todos los libros del positivismo hay una cosa que salta á los ojos, y es que todas esas cuestiones que se proponia no tratar y que parece que no queria ni siquiera tocarlas con la punta del dedo, las decide y las resuelve con un aplomo y una seguridad que os dejan absorto por más de un motivo.

Hermano positivista, me has dicho, no una vez sino ciento, que no sabes nada acerca de la esencia de las cosas, por ejemplo, acerca del *alma:* que no quieres examinar si tenemos alma ni qué alma es esa. Muy bien: pero entónces ¿por qué declaras con tanto aplomo que el alma es "el conjunto de las funciones "del cerebro y de la médula espinal?" ¿Para un hombre que hace profesión de no saber nada, eso es saber demasiado; y esa manera de dogmatizar acerca de lo desconocido, más que contradictoria, es risible, filosóficamente considerada.

Acerca del problema de las causas finales y de la causa primera también, dices que la "filosofía no niega ni afirma nada acerca de "ellas: que no sabes nada acerca de la causa

"del universo y de los habitantes que contie-
"ne: que la filosofía no se ocupa, ni en los
"principios, si es que el universo ha tenido
"principios, ni en lo que han de ser los vivos
"despues de la consumación de los siglos, si
"es que hay consumación de los siglos."

¡Ah! no sabes nada acerca de las causas finales. Y entónces, ¿por qué dices con el tono imperativo de una certeza absoluta que "es in-
"herente á la materia organizada la propie-
"dad de ajustarse á un determinado objeto,
"de acomodarse á ciertos fines?" ¿Y á eso llamas no negar ni afirmar nada acerca de las causas finales? ¿Pues por ventura se puede decir con más claridad y más osadía que no hay causas finales?

Tampoco sabes nada acerca de la causa primera del universo. Y entónces ¿dónde has aprendido que "no se puede explicar el orí-
"gen del mundo ni por medio de muchos
"dioses ni por medio de uno sólo?" Si la causa primera te es de todo punto desconocida, ¿cómo proclamas con tanta altanería, que, "el dogma nuevo, que elimina de una
"manera definitiva todas las voluntades *sobre-*
"*naturales*, conocidas con el nombre de Dios



"ó de la Providencia, demuestra que todo
"obedece á leyes naturales, á que se llamará,
"si así se quiere, las propiedades inmanentes
"de las cosas?" ¿Es eso no saber ni enseñar nada acerca de la causa primera? ¿Pues qué dirias si supieses y afirmases alguna cosa?

Ved ahí, pues, la manera que teneis de no tratar del alma, ni de Dios, ni de las causas finales, ni de las causas primeras. Bien se ve que vuestra abstención no es más que una mentira y vuestra neutralidad un disfraz; disfraz que os poneis para ocultar bajo apariencias científicas el rostro del ateismo y del materialismo.

¿Y qué significa además esa actitud equívoca y groseramente contradictoria respecto á la metafísica? Sois más que inconsecuentes porque llegais á ser divertidos en vuestra abstención simulada respecto á la metafísica. Decís que no os ocupais en la metafísica: que eliminais del templo de la ciencia, juntamente con Dios, el alma, las causas primeras y las causas finales, y que como pontífices, le prohibís que salve sus umbrales. Confesais que no sois metafísicos, ni habeis tratado de serlo. Y entónces ¿quién os autoriza para re-

legar la metafísica, en unión de la teología, á la región de lo imaginario? ¿Con qué derecho declarais que la metafísica es una quimera? Si nos hablais de esa metafísica presuntuosa, hipotética y llevada á la quinta esencia, que más allá del Rhin se ocupa en construir *á priori* á Dios, al mundo y á la naturaleza, entónces os dejamos en buena hora esa metafísica hueca. ¿Pero sabeis vosotros de una manera exacta que no hay otra metafísica muy real, muy positiva y muy inherente al espíritu humano? Esta es la cuestión; y vosotros, que no estudiais metafísica ¿cómo nos oponeis esa protesta tan solemne contra ella? ¿No veis que hay en esto usurpación por parte vuestra y hasta despotismo? No sois metafísicos: podeis muy bien no serlo; ¿pero es eso una razón para que no haya metafísica? ¿Os bastará de hoy en adelante no ocuparos ya en una ciencia, para que esa ciencia pierda su derecho á existir? No os gusta la metafísica. ¿Y por qué? ¿Quién sabe? Acaso por que no teneis aptitud para ella. Pues entónces absteneos, y tal vez nos servireis mejor dedicándoos á cualquiera otra cosa. La Fontaine os diria á este propósito: «Más vale



que seais albañiles, si es ese vuestro oficio.» Pero abrigar la soberbia presunción de suprimir una ciencia ó de declararla quimérica, sólo porque no os excita la curiosidad ó porque sois incapaces para ella, eso empieza á parecerse bastante á las manías intelectuales y filosóficas que amenazan con la pérdida de la razón á los que son víctimas de ellas; y el tercer *régimen mental* está aquí muy cerca de otro cuarto régimen, el de la *enajenación mental*, que es el último de todos y el que lleva en derechura á Charentón á los reformadores del género humano.

Hasta ahora, señores, hemos visto en el positivismo dos cosas que son esencialmente anticientíficas: la hipótesis gratuita y la contradicción universal. Considerados en absoluto esos dos vicios, que alcanzan á todo el sistema y lo condenan á la impotencia, podrian muy bien no afectar sino al método: y por eso, para ultimar el proceso del positivismo ante el tribunal de la ciencia, es necesario convencerlo de falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.

Ante todo, señores, ¿habeis pensado lo que seria necesario admitir de pronto en la hun

nidad para darle la razón al positivismo? Acabamos de ver lo que el positivismo tiene necesidad de suponer para que se le acepte, sin invocar ni aun la apariencia de una demostración. Pero ¡gran Dios! ¡Cuánto no necesitariamos suponer nosotros para justificar en presencia de la razón ese amontonamiento de hipótesis y esos laberintos de contradicciones! Para darle la razon á unos cuantos ilusos de 1848 ó de 1865, necesitariamos suponer en el inmenso concilio de las inteligencias el error universal, por no decir la locura ó la alucinación universal.

Al hablaros el año anterior de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, hice comparecer al pequeño grupo de la crítica negativa ante el grande ejército de la afirmación católica. Pero hoy, en presencia del positivismo que lleva la audacia de las negaciones hasta las fronteras extremas de la verdad, no es ya sólo el grande ejército de las inteligencias cristianas, sino el universal é innumerable ejército de las inteligencias humanas el que tenemos que oponerle. Para que el positivismo triunfe, como verdad, es preciso que tenga fuerza bastante para soportar el mentís



que contra él lanza la humanidad entera. Es preciso que los más grandes hombres y los más grandes ingenios de todos los siglos, con todas las generaciones que han seguido sus huellas luminosas y han repetido la armonía de sus voces, hayan girado de una manera fatal en un círculo de errores: es preciso que todos esos hombres, y todos esos pueblos, y todos esos siglos vengan hoy á caer á los piés de algunos espíritus adheridos á los límites de una idea fija y á apostatar de todas sus creencias, repudiando todo cuanto han dicho en una palabra: es preciso que toda esa humanidad, tan coronada de honra, de gloria y de ingenio, se incline ante ese sistema que nació ayer de algún cerebro enfermizo, y diga con una humillación suprema: Tú eres la verdad, y yo soy el error: tú sólo tienes razón, todos nosotros nos hemos equivocado!....

¡Ah, señores! cuando trata uno de darse cuenta de semejante suposición, parece á la vez tan deplorable y tan ridícula, que no se sabe lo que principalmente está llamada á producir en las generaciones ante las cuales se hace; si un inmenso gemido ó una inmensa carcajada.

¿Cómo? Por tal de daros la razón á vosotros, que nacísteis ayer y morireis mañana: por tal de que triunfe un sistema que no tiene á su favor la autoridad de la experiencia ni la del ingenio: para glorificar á una filosofía que hasta ahora no se ha conquistado otra celebridad sino la de la audacia y la escentricidad, habremos de admitir que es *falso* todo lo que no ha sido positivista, y eso siempre y en todas partes: tendremos que acusar de falsedad á todos los hombres y á todos los pueblos que han proclamado y proclaman que el mundo tiene una causa primera y un objeto final, distinto de sí propio; á todos los hombres y á todos los pueblos que han creido que más allá de la naturaleza y de sus leyes hay realidades superiores á este mundo inferior: á todos los Platones y á los Aristóteles, á todos los Agustinos y los Anselmos, á todos los Tomases de Aquino y los Buenaventuras, á todos los Descartes y los Malebranche, á todos los Clarke y los Leibnitz, á todos los Bossuet y los Fenelon: á todos esos ingénios metafísicos de primer órden que han creido con toda la energía de sus convicciones y proclamado con la ilustración de sus obras, que la



metafísica no descansa en hipótesis ni en quimeras: á todos esos grandes hombres que han creido y creen todavía en la realidad del alma humana y en su distinción real de las sustancias del cuerpo; y que han basado sobre la inmaterialidad de nuestro sér pensador esa noble é ilustre ciencia cuyas glorias seculares recordábamos el domingo último, la psicología: á todos los moralistas antiguos y modernos, sagrados y profanos, que han admitido en el hombre el imperio de la conciencia independiente del imperio de la materia, y como reguladora de ese imperio interior una moral que no tiene nada de común con las leyes de la fisiología y es superior á la moralidad que no procede sino del instinto animal: en fin, á cuantos han enseñado que no todos los hechos son homogéneos, que no todos los objetos del saber humano son empíricos; que más allá de las ciencias que tienen por objeto la extensión, el movimiento y las propiedades de los cuerpos, las leyes de la vida y de la sociedad, hay todavía ciencia, y que el estrecho recinto trazado por las líneas conjuntas de las seis ciencias del positivismo no la comprende toda.

¡Oh! en verdad que es demasiado exigir que reconozcamos el imperio fatal del error y el reinado secular de la falsedad en todo eso: pedidnos más bien que abdiquemos la inteligencia y apostatemos de la razón. Demasiado sé dónde está aquí el error: está en que calificais de hipótesis la idea de Dios, causa primera de todo, idea tan bien grabada en el fondo del alma humana, que nunca ha logrado desprenderse de ella por completo por más que se haya hecho: está en vosotros que os habeis propuesto destituir á la teología y con ella á la metafísica, que está enlazada con todas sus raíces á la constitución de la inteligencia, esa metafísica que no lograreis destruir sino con la condición de destruir al mismo tiempo el sentido universal, el sentido de lo absoluto y el sentido de lo infinito, es decir, al mismo espíritu humano: está en vosotros, que cerrais los ojos á la irradiación del alma que brilla en vosotros mismos, que constituye vuestro propio ser, y que por medio de todas las manifestaciones que brotan de ella se presentan como testimonio de lo invisible y de lo inmaterial: en vosotros, que con una temeridad que ultraja á nuestra majestad primitiva, trabajais por destruir en el hombre el imperio moral de su conciencia, á la vez con la legislación eterna escrita en el fondo del alma por el dedo del mismo Dios: en vosotros, que sistemáticamente quitais al imperio del saber las tres cuartas partes del saber: que bajo pretexto de dar nuevo vuelo á la ciencia, la encerrais en un oscuro calabozo de donde no puede salir: que pretendeis engrandecernos y nos rebajais de todos modos, quitando á nuestra vida sus aspectos más sublimes y sus fuerzas más reales: y en fin, que bajo pretexto de elevarnos, lo que lograríais, si os siguiésemos hasta el fin, seria rebajarnos y hacernos caer, en nombre del progreso humano, en una esfera inferior al hombre mismo.



Porque en efecto: ¿qué sucederia si vuestros errores llegasen algún dia á prevalecer en el mundo como un progreso para la humanidad? Apenas me atrevo á decirlo. ¿No veis, señores, á esta humanidad engrandecida, elevada é ilustrada por el positivismo, dueño y absoluto soberano de los destinos humanos? Mirad como el tercer *régimen mental* ha venido á ser el régimen universal. ¡Qué

régimen, gran Dios! O por mejor decir, ¡qué vergüenza y qué degradación! ¡Oh humanidad! contémplate ahí tal como te ha soñado el positivismo caida hasta el extremo que él lo ha querido. Ya no hay nada que mire hácia lo alto: ya no hay nada que se encamine hácia el cielo: todo es terreno y todo se arrastra por el suelo. Ya no hay nada que te levante: ni Dios, ni el alma, ni lo ideal, ni lo absoluto, ni lo inmortal, ni lo infinito. Ahí estás cautiva, humillada, deshonrada; con los ojos fijos en el suelo, con un compás en una mano y una balanza en la otra, midiendo la extensión y pesando la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal que forman en derredor de tu alma y de tu corazón, hambrientos de lo infinito, las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la *biología* y la *sociología*. Tu destino está trazado: el positivismo ha vencido.

¡Vencido! ¿Qué es lo que he dicho? ¡Ah, señores, no temais! El positivismo no vencerá, porque tiene en contra suya no sólo la barrera del cristianismo, sino tambien la del alma humana, defendida por sus instintos más sublimes y sus necesidades más inven-



cibles. No: el positivismo no pasará adelante, no tocará con su pié el pórtico del porvenir, ni aun siquiera los umbrales del siglo XX. Sí: tengo de eso una convicción profunda: antes, mucho antes de que este siglo termine, tal vez como el anterior, envuelto en una sangrienta nube, el positivismo, que es una mezcla de todos los más bajos errores, desaparecerá en los abismos de la filosofia contemporánea, mezclando el polvo de su sistema con el polvo de tantos otros sistemas que ha barrido ya el viento del siglo y pulverizado el soplo de la verdad. Y la ciencia á la que pretendia encerrar en un círculo inflexible, y juntamente con ella al espíritu humano, la ciencia continuará engrandeciéndose y elevándose; pero se elevará y engrandecerá llevando consigo á la moral, la psicología, la metafísica y la teología, como la cúpula sublime que corona el edificio: arquitectura admirable, que tiene en su base lo absoluto para que todo descanse sobre ella, en el centro el alma humana para engrandecerlo todo, y en la cúspide la idea de Dios para iluminarlo todo!